

**El semanario *El Obrero* (1890-1892),  
entre la recepción del marxismo y los intentos de erigir  
la primera Federación Obrera de la Argentina**

Horacio Tarcus  
(CeDInCI / Conicet)

El semanario **El Obrero** (Buenos Aires, 1890-1892) es el punto de condensación de varios “orígenes” superpuestos. Aparecido un año después del Congreso obrero de París de junio de 1889 que dio origen a la Internacional Socialista, fue el primer periódico latinoamericano en lengua española en inscribirse en la onda expansiva de la socialdemocracia internacional. Fue también el órgano de la Federación Obrera de la República Argentina, primer intento en erigir una central de los trabajadores en este país. Finalmente, fue el primer vocero del socialismo marxista no sólo en Argentina sino en toda Latinoamérica.<sup>12</sup>

1

---

Los trabajadores de comienzos de la década de 1890 que tuvieron el privilegio de acceder a sus páginas se encontraron con un semanario que apelando a un lenguaje novedoso (el vocabulario del socialismo marxista de fines del siglo XIX) se presentaba como “defensor de los intereses de la clase proletaria” y los interpelaba como parte de una clase social opuesta irreductiblemente al capital y destinada a cumplir una “misión histórica” de emancipación social. **El Obrero** se dirigió sin distinciones a los trabajadores migrantes y a los nativos, a los ocupados y a los desocupados, levantando reivindicaciones

---

<sup>1</sup> Retomo y actualizo aquí algunos tramos avanzados en 2007 en mi **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, 2ª ed. corregida y aumentada de 2013.

<sup>2</sup> **El Socialista** (México, 1871-1888), aquel semanario obrero que dirigió Juan de Mata Rivera dio a conocer el **Manifiesto Comunista** y fragmentos de **Miseria de la filosofía**, pero en modo alguno podría ser definido como un periódico marxista. Es visible en sus páginas la persistencia del socialismo romántico, el mutualismo y el librepensamiento mientras despunta la recepción de las nuevas ideologías obreras que están forjándose en Europa.

como la jornada laboral de ocho horas, el “sábado inglés” (descanso obligatorio de 36 horas de sábado a domingo), la prohibición del trabajo infantil, la reducción de la jornada laboral para los jóvenes y la reducción al mínimo indispensable del trabajo nocturno. Reclamó la reglamentación del trabajo de las mujeres, los seguros por accidente de trabajo, la inspección sanitaria de fábricas y talleres por parte del estado y los tribunales de arbitraje ante los conflictos entre capital y trabajo. En sus páginas los trabajadores nativos y los migrantes pudieron verse en el espejo de las luchas que libraban simultáneamente sus compañeros de clase en Europa y América, pudieron aprender los rudimentos del socialismo marxista y comprender cómo se había insertado la Argentina, emplazada en este lejano confín del mundo, en el sistema capitalista internacional.

En suma, **El Obrero** venía a decirle a los trabajadores de la Argentina: compañeros, estamos explotados, pero no por un patrón particular, sino por un sistema. Un sistema que no rige sólo en esta lejana tierra, sino en todo el globo. Somos los esclavos modernos del capital, pero también los creadores y los herederos de todas las riquezas sociales. Aislados no somos nada, pero si nos organizamos, como vienen haciendo nuestros hermanos en Europa, no sólo conquistaremos nuestros derechos sino que, librándonos del yugo del capital, nos habremos encaminado a la futura sociedad socialista, que ya no estará regida por el beneficio privado sino por un “plan consciente y premeditado”.

Ahora bien, para situar **El Obrero** en su contexto social, debemos formularnos una serie de preguntas: ¿En qué medida este mensaje podía ser escuchado por los trabajadores de la Argentina de 1890? ¿En qué medida estaba avanzado entonces el proceso de constitución de la clase obrera argentina? ¿Qué otras interpelaciones se dirigían a estos trabajadores?

Para comenzar a responder estas preguntas, es necesario remitirnos a unos meses atrás del nacimiento de **El Obrero**. Su historia está estrechamente vinculada a un evento fundacional del movimiento obrero moderno: la celebración en la Argentina del 1º de Mayo de 1890 como Día internacional de los trabajadores, en sintonía con lo que acontecía

simultáneamente en buena parte de las capitales del mundo, respondiendo al llamado del Congreso de París.<sup>3</sup>

La realización del “meeting” de los trabajadores en la ciudad de Buenos Aires (con repercusiones en Rosario, Chivilcoy y Bahía Blanca) fue una iniciativa de los artesanos alemanes exiliados en Argentina, que en 1882 habían fundado en Buenos Aires una asociación idiomática, el *Verein Vorwärts* (Club Adelante). El *Vorwärts* fue durante las décadas de 1880 y 1890 —hasta la fundación definitiva del Partido Socialista en 1896— el mayor centro de difusión de literatura socialista internacional en la Argentina. El semanario **Vorwärts** (Buenos Aires, 1886-1901), su periódico en idioma alemán, fue un vehículo de difusión e información del socialismo internacional (sobre todo, pero no exclusivamente, alemán), el principal hasta la fundación de **El Obrero** en 1890. Por iniciativa suya, los obreros alemanes exiliados en la Argentina fueron representados por Wilhelm Liebknecht, el líder del socialismo alemán, en el Congreso de París de 1899; fueron luego los promotores del mitin del 1º de Mayo en 1890 y enseguida los propiciadores de la primera Federación de Trabajadores de la República Argentina, nacida de aquella jornada. El *Vorwärts* será, finalmente, una de las vertientes fundacionales del Partido Socialista, cuyo congreso constituyente se realizó en junio de 1896 en su local de la calle Rincón 1141. Muchos de sus socios llegaron a ser destacadas personalidades del socialismo y del gremialismo argentino.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Maurice Dommanget, **Historia del 1º de Mayo**, Buenos Aires, Américalee, 1956; André Rossel-Kirschen, **Histoire internationale du Premier Mai**, París, de la Courtille, 1977; Ricardo Melgar Bao, **El movimiento obrero latinoamericano. Historia de una clase subalterna**, México, Alianza, 1990.

<sup>4</sup> Sobre el Club *Vorwärts* y su semanario, véase: Carreras, Sandra; Horacio Tarcus; Jessica Zeller, **Die deutschen Sozialisten und die Anfänge der argentinischen Arbeiterbewegung: Antologie des Vorwärts (Buenos Aires 1886 – 1901) / Los socialistas alemanes y la formación del movimiento obrero argentino: Antología del Vorwärts (1886 - 1901)**, Buenos Aires, CeDInCI Editores / Buenos Libros, 2008, 364 pp + 354 pp. edición bilingüe (castellano / alemán).

## La primera Federación Obrera, “un alma sin cuerpo”

El Congreso socialista de París de 1889 había designado el día 1° de Mayo como jornada de protesta internacional de los trabajadores, en recuerdo de la huelga revolucionaria de Chicago de 1886 que había concluido trágicamente con la condena a muerte de los obreros anarquistas conocidos desde entonces como los “mártires de Chicago”. El próximo 1° de Mayo de 1890 los trabajadores del mundo entero recogerían aquel llamado. Los miembros del *Verein Vorwärts* de Buenos Aires deciden hacer suyos estos objetivos y es así que a principios del año 1890 nombraron una comisión —compuesta por el zapatero Gustav Nohke, el ebanista Guillermo Schultze, el relojero Marcelo Jackel y el tipógrafo Augusto Kühn— con el encargo de ponerse en contacto con las incipientes organizaciones obreras existentes entonces, para llevar a cabo las medidas preparatorias de esa jornada en Buenos Aires y otras ciudades del país.<sup>5</sup>

A lo largo de sucesivas asambleas que tuvieron lugar durante los primeros meses de 1890 en la sede del *Vorwärts* —donde las agrias discusiones ente socialistas y anarquistas parecían por momentos hacer naufragar el objetivo—, se conformó finalmente un “Comité Internacional Obrero” de 27 miembros. La asamblea que tuvo lugar en abril de ese año nombró como presidente al periodista José Winiger y vicepresidente al zapatero Gustav Nohke; secretarios a Guillermo Schulze (ebanista), Bernardo Sánchez (cigarrero), G. Marrocco, Osvaldo Seyffert (periodista) y Marcelo Jackel (relojero); tesorero al tipógrafo Augusto Kühn; y como representantes a Pedro Caldara (carpintero), G. Capodilupo, P. Galletti, D. Gervatti, P. P. Görling, P. Hartung, Laroque, Carlos Mauli (ebanista), J.

---

<sup>5</sup> Augusto Kühn, “Apuntes para la Historia del Movimiento Obrero Socialista en la República Argentina”, en: **Nuevos Tiempos** n° 1, Buenos Aires, 1/5/1916, p. 20. Los “Apuntes” de Kühn aparecidos a lo largo de siete entregas en **Nuevos Tiempos. Revista de Buenos Aires** (n° 1, 1/5/1916, al n° 7, 5/8/19) constituyen la principal fuente testimonial sobre la experiencia obrera de 1890. Las siete entregas fueron reunidas en bajo el título original en **Políticas de la Memoria** n° 5, Buenos Aires, verano 2004/2005, pp. 123-136, disponible en línea. Este militante, además de brindar su testimonio, tiene el cuidado de transcribir escrupulosamente los principales documentos que hacen a esta experiencia. En ella se ha basado la totalidad de la historiografía posterior, desde Jacinto Oddone en **Historia del Socialismo** en adelante. En la presente reconstrucción, nos apoyaremos en el relato de Kühn contrastándolo con la información que brinda el semanario **Vorwärts** y el Libro de Actas de la Federación Obrera (ver Referencias bibliográficas).

Piqueres, F. de Pruysnere, G. Sachse, E. Terzoglio, Adolf Uhle (periodista), Oscar Mengen, J. Moser, Pascual Mottadelli, Nicastró G. Panella, J. Paul, C. Villarreal, y S. Zander.<sup>6</sup> El predominio de los socialistas alemanes es aquí evidente.

En el mitin realizado el 1º de Mayo en el antiguo “Prado Español” de la ciudad de Buenos Aires<sup>7</sup>, el Comité Internacional presentó a la multitud allí reunida un informe donde manifestaba el propósito de crear una Federación Obrera, editar un periódico “para la defensa de la clase obrera” y enviar una petición al Congreso de “leyes protectoras a la clase obrera”. A pesar de la resistencia del sector anarquista en relación a la petición, la asamblea aprobó el informe por aclamación. De modo que la creación de lo que unos meses después sería **El Obrero** fue hecha pública y convalidada en aquel mitin histórico.

Pasado el 1º de Mayo de 1890, el Comité Internacional Obrero se transformó en Comité Federal, integrado por los delegados de las escasas sociedades obreras dispuestas a formar parte de la Federación Obrera: eran la Sociedad Internacional de Carpinteros, Ebanistas y oficios anexos de Buenos Aires, dos sociedades de cigarreros (Cigarreros y Cigarreros de Hoja), la de Zapateros, la de los obreros del libro de idioma alemán (Tipógrafos alemanes) y una sección que reunía a trabajadores de diversos oficios aún no asociados, llamada “Sección Varia”. Adhirieron también algunas secciones de oficios varios que se habían constituido en Santa Fe, Rosario, Mendoza y Chascomús.

El Comité Federal comenzó a reunirse el 23 de Mayo de 1890 en sesiones semanales en la sede del *Vorwärts*. José Winiger siguió siendo su presidente y Augusto Kühn su secretario. La mayor parte de los miembros del Comité que animan las sesiones eran otros tantos socialistas alemanes del *Vorwärts* (Guillermo Schülze, A. Göerling, Oscar Mengen, Gustav Nohke, Carlos Starke y Gotoldo Hummel, más el suizo Marcelo Jaeckel) a los que

---

<sup>6</sup> Sebastián Marotta, **El movimiento sindical argentino. Su origen y desarrollo. 1875-1914**, Buenos Aires, Lacio, 1960. vol. I, p. 79, transcrita con ligeras correcciones a partir de diversas referencias aparecidas en el **Vorwärts**.

<sup>7</sup> Situado en la hoy Avenida Quintana, entre Ayacucho y Junín.

se habían sumado algunos obreros españoles (Pedro Caldara, Ruiz P. Suárez) y el ebanista friulano Carlos Mauli. También participa en las primeras sesiones el cigarrero anarquista Bernardo Sánchez, interesado antes que nada en la creación de la Federación Obrera. Hasta marzo de 1891 cotizó y envió delegados el *Verein Vorwärts*.

La composición del Comité Federal fue “con pocas excepciones”, la misma que la del Comité Internacional: “los nativos estaban en minoría, lo que dio motivo —según recordaba Kühn— a espíritus estrechos para hablar de la ‘planta exótica’ y de los ‘perturbadores extranjeros’”. En efecto, **El Obrero** alzaba poco después su voz contra los artículos de los diarios **Sud-América** de Buenos Aires y **La Nueva Época** de Santa Fe, que lanzaban sus “imprecaciones más gauchas” contra los “gringos” que querían “tomar parte en el ejercicio de los derechos cívicos”, trayendo consigo “el virus del socialismo”.<sup>8</sup> Para Kühn, en verdad, aquellos obreros inmigrantes “dejaron de ser extranjeros en el instante que se aprestaron a luchar por el mejoramiento de las condiciones de vida del proletariado argentino, y por el progreso institucional de la república”.<sup>9</sup>

6

El nuevo Comité, luego de consultar a las organizaciones obreras, convoca a una asamblea para el 29 de junio de 1890 donde se constituye formalmente la Federación de los Trabajadores de la Región Argentina.<sup>10</sup> Sin embargo, en diciembre de ese año, en el primer número de **El Obrero**, el organismo que todavía firma como Comité Internacional Obrero informaba que aquel mandato del mitin del 1° de Mayo (crear una Federación Obrera, editar un periódico y enviar una petición al Congreso) se había visto “interrumpido por los acontecimientos de Julio” así como por la situación de crisis económica “que está

<sup>8</sup> “Los centros políticos extranjeros”, en: **El Obrero** n° 3, Buenos Aires, 9/1/1891, p. 2.

<sup>9</sup> Augusto Kühn, en: **Nuevos Tiempos**, *op. cit.*, n° 6, p. 101.

<sup>10</sup> La Federación es designada, en sus propios documentos, de los modos más diversos, lo que da una pauta de su fragilidad institucional. Oddone ha registrado: Confederación Obrera Argentina, Federación Obrera Argentina, Federación de Obreros de la República Argentina, Federación de los Obreros de la República Argentina, Federación de los Trabajadores de la República Argentina, Federación de Trabajadores de la Región Argentina (Jacinto Oddone, **Historia del socialismo argentino**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1934, tomo I, p. 154). Este autor, apoyándose en la denominación que consta en los Estatutos que aprobaron el Comité Internacional y más tarde por los gremios, opta por la última denominación.

atravesando el país”.<sup>11</sup> El Comité había aplazado la constitución definitiva “en espera seguramente de otras adhesiones que no llegaron, y mientras realizaba los trabajos correspondientes: aprobación de estatutos, fijación de cuotas de socios, designación de autoridades”.<sup>12</sup> En estas tareas lo sorprendió la Revolución de Julio de 1890, que derrocó al presidente Juárez Celman y que inauguró varios meses de estado de sitio.

La asamblea general que finalmente se reunió en Buenos Aires el 4 de enero de 1891 instituyó la Federación, aprobó los Estatutos y designó formalmente a **El Obrero**, que aparecía desde diciembre de 1890, como “órgano de la Federación”. La nueva Federación instaló su sede en Independencia 1252, que era la casa de Augusto Kühn y poco tiempo después se trasladó a Rincón 764, el local del *Verein Vorwärts*. Su primera acción pública fue la convocatoria, a mediados de enero de 1891, a un mitin de desocupados.<sup>13</sup> Días después, el 24 de enero, el Comité Federal enviaba una presentación al Presidente Carlos Pellegrini.<sup>14</sup>

7

Las peticiones se multiplicaban. Oddone relata que en vista de que no se había obtenido respuesta oficial alguna al petitorio del 1° de Mayo de 1890, se había remitido a la Cámara de Diputados una segunda nota reclamando “que los poderes públicos se abocaran al estudio de la situación obrera”. En otra petición al Presidente Pellegrini se solicitaban medidas protectoras para los obreros y la supresión de los impuestos al consumo. La Federación Obrera, con la firma de Carlos Mauli y Gustavo Nohke, solicitaba “la liquidación de los bancos oficiales y de los negocios de sus deudores, un sistema de contribuciones directas progresivas y librecambistas, libertad para el sufragio universal, naturalización de los extranjeros para que todas las clases tomen parte en la legislación y el *self government* más amplio para las comunas”.<sup>15</sup> El 1° de mayo de 1892 el Comité

<sup>11</sup> **El Obrero** n° 1, Buenos Aires, 12/7/1890.

<sup>12</sup> Jacinto Oddone, *op. cit.*, tomo I, p. 143.

<sup>13</sup> “Federación Obrera. Meeting de trabajadores sin ocupación”, en: **El Obrero** n° 3, Buenos Aires, 9/1/1891, pp. 2-3.

<sup>14</sup> Jacinto Oddone, *op. cit.*, tomo I, p. 141.

<sup>15</sup> Jacinto Oddone, *op. cit.*, tomo I, pp. 141-142.

firmaba un nuevo petitorio, dirigido ahora al Ministro de Relaciones Exteriores, Estanislao Zevallos (pues dicho ministro era entonces también Jefe del Departamento de Inmigración y de la Oficina de Trabajo).<sup>16</sup> Otra iniciativa fue designar una delegación para que se entrevistase con el diputado Justino Obligado, que ese mismo año había presentado en la Cámara un proyecto que reglamentaba el derecho de reunión.

Pero más allá de estos módicos objetivos, y a pesar de las explicaciones siempre didácticas de **El Obrero** sobre las conquistas del movimiento obrero inglés o alemán en relación a las leyes fabriles, lo cierto es que las peticiones a los poderes públicos argentinos no dieron el menor resultado. Ante un régimen político oligárquico y un Estado que, en nombre del liberalismo, ignoraba “la cuestión social” y se declaraba prescindente respecto de la relación capital/trabajo, la estrategia antiestatista de los anarquistas y sus métodos de abstencionismo político y acción directa resultaron mucho más atractivos a la gran masa de los obreros inmigrantes que la estrategia reformista y legalista de los socialistas de la Federación Obrera.<sup>17</sup>

8

Es así que los esfuerzos de los socialistas por convocar a las sociedades obreras con independencia de su filiación política concluyeron en un fracaso. Desde el **Vorwärts** se decía con toda claridad que: “El carácter de la asociación en general no es socialdemócrata, ni anarquista, ni comunista, ni colectivista, sino que la asociación es un lugar para defender los intereses de las clases obreras. Esa es su intención y su tarea”.<sup>18</sup> En este registro se redactaron los “Estatutos” de la Federación que se aprobaron en la asamblea de enero de 1891. Por el primer artículo se establecía que su objetivo era “realizar la unión de todos los obreros de esta Región, para defender sus intereses morales y materiales, practicar la solidaridad con los hermanos de todas las regiones en lucha contra el capitalismo y sus

---

<sup>16</sup> “Al S. E. el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. D. Estanislao Cevallos”, en **El Obrero** n° 67, Buenos Aires, 1/5/1892, pp. 1 y ss. Firman por el Comité Federal: Leoncio Bagés, Gotoldo Hummel, Augusto Kühn, Carlos Mauli, Ramón Perera, José Roca, Pedro Burgos, Ramón Vidart y Gustavo Nohke.

<sup>17</sup> Ricardo Falcón, **Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)**, Buenos Aires, CEAL, 1984, pp. 100-101.

<sup>18</sup> **Vorwärts** n° 182, Buenos Aires, 21/6/1890, p. 1.

monopolizadores, lucha reconocida como uno de los medios para llegar a la completa emancipación del trabajo”.<sup>19</sup> Los medios principales para la defensa de los intereses obreros eran “la organización de todos los trabajadores por secciones de oficios y sociedades puramente obreras”; “la solidaridad en todos los casos en que se presente la lucha”; “la propaganda e instrucción por medio de la prensa, bibliotecas, conferencias, folletos, etc.” (art. 2º, *Ibid.*). El organismo de la Federación se basaba en federaciones locales compuestas a su vez por asociaciones de oficios. El Estatuto se cuidaba de introducir cualquier elemento visible de doctrina socialista, que sólo tangencialmente podía inferirse por el art. 21 que declaraba “día de fiesta obrera el 1º de Mayo para todos los trabajadores de la Región Argentina”.

En sus memorias, Augusto Kühn responsabilizaba del fracaso de la Federación a los anarquistas quienes, a diferencia de los socialistas, hicieron prevalecer sus intereses particulares de escuela a los intereses generales de todo el proletariado:

En las sociedades gremiales predominaban los anarquistas, y estos no pensaron en renunciar a sus vistas particulares en obsequio del bien común. Los fracasos de la unificación se sucedían uno tras otro, y la fe en el éxito fue expuesta a las pruebas más duras.<sup>20</sup>

Sin duda alguna, los anarquistas individualistas boicotearon la Federación *ab initio*, desconfiando de una convocatoria que había nacido de los “reformistas” y “autoritarios” del *Verein Vorwärts*. Es que la “marca” socialista “de origen” de la Federación resultaba inequívoca. Los métodos de acción constitutivos de la Federación, como la apelación al Congreso o al Presidente de la República reclamando leyes obreras, no podían ser sino rechazadas por los propugnadores de la “acción directa”. Los principales dirigentes de la Federación —como el carpintero de origen alemán Gustav Nohke, miembro destacado del *Vorwärts*, y el ebanista de origen tirolés Carlos Mauli— eran figuras identificadas públicamente con el socialismo. Además, **El Obrero**, órgano de la Federación, se embanderaba inequívocamente desde su primer número con el socialismo e incluso con el

<sup>19</sup> “Estatutos de la FTRA”, en: **El Obrero** n° 3, Buenos Aires, 9/1/1891, pp. 3-4.

<sup>20</sup> Augusto Kühn, “Apuntes...”, *op. cit.*, n° 6, p. 102.

marxismo, polemizaba agriamente con los anarquistas y le daba a la Federación un estatuto simultáneamente sindical y político:

La defensa de los intereses económicos está para el proletariado inseparablemente combinado con su acción como partido político, y por eso es preciso que sostengamos la Federación obrera *tanto como una sociedad de resistencia como un centro político*.<sup>21</sup>

Cuando el 24 de agosto de 1890 el Comité Internacional Obrero convoca a una conferencia para anunciar el nacimiento de la nueva Federación, presentó unos estatutos que a **El Perseguido** le parecieron “entresacados de la cadusiada [sic] Federación de los Trabajadores de la Región Española” que había adoptado el “principio orgánico autoritario”. El órgano anarquista, que critica que se impidiera el uso de la palabra a varios anarquistas italianos y españoles asistentes, propone, en cambio “la organización de grupos de afinidades completamente libres y autónomos”. Cuando la Federación se constituye, finalmente, en enero de 1890, **El Perseguido** la descalifica como una “federación obrera imaginaria” que “no ha existido nunca ni existe más que en la imaginación de algunos incautos” y de sus dirigentes que “viven del cuento”. En febrero del mismo año, cuando el número de afiliados de la Federación ha bajado de 10.000 a 7.000, **El Perseguido** prevé su hundimiento; sus miembros, dice, son burgueses alemanes e italianos duramente afectados por la crisis económica, que han perdido sus capitales.<sup>22</sup> Por ejemplo, a la asamblea reunida el 30 de marzo de 1891 sólo acuden doscientas personas y los anarquistas que acuden “organizan una trifulca”.<sup>23</sup>

Además, la obstinada oposición de los anarquistas tornará imposible repetir en años posteriores la experiencia unitaria y masiva del 1° de Mayo de 1890. La Federación Obrera continúa adelante durante un año más, pese a la activa resistencia anarquista y a la indiferencia de la masa obrera. El 15 de agosto de 1891 celebra su primer congreso en la *Union Suisse* de la calle San José 7 de la Ciudad de Buenos Aires, con participación de

<sup>21</sup> “Proclamación de Mitre”, en: **El Obrero** n° 3, Buenos Aires, 9/1/1891, subrayado de HT.

<sup>22</sup> Gonzalo Zaragoza, **Anarquismo argentino (1876-1902)**, Madrid, Ediciones de la Torre, 1996, p. 147.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 148.

delegados de las sociedades Internacional de Obreros Carpinteros y Ebanistas, el Grupo Alemán de Artes Gráficas, Panaderos y las secciones de Oficios Varios de Buenos Aires, Santa Fe y Chascomús. Las condiciones eran adversas y el Secretario Kühn, advertía antes de iniciarse el Congreso que la Federación “tendrá que vencer muchos obstáculos”:

La terrible crisis por la que atravesamos, y la que hace migrar, en número siempre más considerable al obrero de este país, no ha podido derrumbar la obra empezada con tan buen éxito el 1° de Mayo de 1890.<sup>24</sup>

En el mismo “número festivo” del 1° de Mayo, desde las páginas de **El Obrero** se convocaba a la primera sesión del Congreso a las 9 de la mañana, con un orden del día de 12 puntos que iba desde “la jornada de ocho horas” hasta “la abolición de la propiedad individual de los medios de producción”. La Sociedad de Panaderos, hegemonizada por los anarquistas, se retiró del Congreso alegando la exigüidad de la representación obrera y los “planes de control socialista”. Según **El Perseguido**, no eran sino cuatro gremios de escasa importancia. En sus cuatro sesiones, el primer Congreso aprobó definitivamente los Estatutos, resolvió designar cinco delegados para que formulen un programa y poner en marcha acciones por la jornada de trabajo de ocho horas y el “sábado inglés”.

11

Según el balance que trazó a fin de año **El Obrero**, el Congreso había representado una paso adelante de la Federación, que habría “hecho franca y espontánea confesión de fe socialista”. Sin embargo, el mismo balance reconocía implícitamente la debilidad estructural de la Federación, aunque trataba de compensarla con su pronunciamiento ideológico: “*No importa tanto que la Federación sea imponente, lo que importa es que sea socialista*”.<sup>25</sup> Pero como ha señalado Oddone, el idealismo doctrinario de los obreros de la federación dificultaba su implantación “en un medio tan heterogéneo y difícil... y con una clase trabajadora tan distante de la comprensión de sus derechos”. Augusto Kühn, autor de la propuesta de “abolición de la propiedad individual” y de adoptar un programa “análogo a los partidos obreros de Europa” tenía como referente a las *tradeunions* inglesas, “sin

<sup>24</sup> “Primer Congreso Obrero Regional Argentino”, en: **El Obrero** n° 33, Buenos Aires, 15/8/1891, p. 1.

<sup>25</sup> “Nuestro primer año”, en: **El Obrero** n° 49, Buenos Aires, 26/12/1891, p. 1.

advertir la diferencia de medio y de educación política de los trabajadores de este país... En su entusiasmo idealista, los delegados al Congreso no se daban cuenta de que lo que aquí se requería en ese momento, para principiar, era una simple organización de carácter exclusivamente gremial, de la que estuviera alejado todo fin político...”<sup>26</sup>

Entre el 31 de octubre y el 1° de noviembre de 1892 se desarrolló en la *Union Suisse* el segundo congreso de la Federación Obrera<sup>27</sup>, donde debía ser discutido y aprobado el programa encomendado a una comisión por el primer Congreso.<sup>28</sup> Entre los temas del orden del día se contaban “Deliberaciones sobre un programa de acción”, la “Situación social de la mujer” y la Elección de un representante de la Federación ante el Congreso Internacional de Zürich en el año próximo”. Los delegados aprueban un “Programa de Acción” inspirado en los documentos de la Segunda Internacional y de los partidos socialistas europeos, donde se hace visible la pluma de Kühn y la inspiración de Lallemand<sup>29</sup>, que termina por franquear la orientación socialista e incluso marxista de la Federación. Comienza por considerar la estructura de clases en el capitalismo y establece como primer objetivo de la Federación “la posesión del poder político por la clase obrera”.

Concluido el segundo congreso, la Federación languidecía, anémica de fuerzas, incapaz de promover acciones públicas, escasa de fondos. Su órgano, **El Obrero**, había dejado de salir semanas antes del Congreso —su última entrega, el n° 88, había aparecido el 24 de setiembre de 1892. Las cotizaciones, que nunca abundaron, habían desaparecido. El *Verein Vorwärts* había retirado sus delegados del Comité Federal y dejado de cotizar a principios

<sup>26</sup> Jacinto Oddone, *op. cit.*, vol. 1, pp. 150-151.

<sup>27</sup> Y no el 1° de octubre como indica Oddone (1934, vol. 1, p. 151).

<sup>28</sup> Según Oddone, enviaron representantes seis sociedades obreras: Mozos y cocineros, Mayorales y cocheros de Tranways, Albañiles, Toneleros, Panaderos y la Sociedad Guttemberg de tipógrafos alemanes. Es probable que estos fuesen algunos de los oficios de muchos de los delegados, pero según las Actas manuscritas del mismo el Congreso participaron: Por el Comité Federal, Ramón Vidal, Augusto Kühn, José Casot, Gustavo Nohke, Gotoldo Hummel y Carlos Mauli; por la Sección Varia de Buenos Aires: Alberto Lücke, Daniel Thüssen, Felipe Palanca; por la Sociedad Internacional de Rosario: Manuel Torrent, Knaak, Manuel Amorós; por la Sociedad Internacional de Santa Fe: Isidro Salomó, Edmundo Hehk y Vicente Moros; por la Sociedad Cosmopolita de Obreros Panaderos de Santa Fe: Pedro Burgos, César Padrós, y Luciano Brunet.

<sup>29</sup> Referiré a German Avé-Lallemand más adelante.

de 1891. Poco después, la sociedad de obreros alemanes del libro, siguió el mismo camino. Es así que los gastos de administración, propaganda y edición de **El Obrero** eran sufragados por los mismos miembros del Comité Federal.

En 1892 la Federación era sostenida de hecho por el esfuerzo de los pocos miembros de la Sección Varia. Carlos Mauli, desalentado por la falta de cotización y colaboración de las secciones, leía en el Segundo Congreso una carta de renuncia a sus cargos, manteniéndose sólo como miembro de la Sección varia. A pesar de sus constantes esfuerzos por levantar la Federación Obrera, afirmaba, “no existe tal Federación”.<sup>30</sup> El 19 de diciembre de 1892, por resolución de los miembros Kühn, Hummel, Mauli y Casot, el Comité Federal quedaba disuelto y la Federación dejaba de existir.<sup>31</sup>

De todos modos, algunos empeñosos socialistas de la “Sección Varia” encabezados por Gustav Nohke y Esteban Jiménez no se dieron por vencidos, y persistieron durante algunos meses más en sostener la Federación y lanzaron por breve tiempo una segunda época de **El Obrero** (diez números entre febrero y abril de 1893). Otro grupo —liderado por Carlos Mauli y Augusto Kühn— se constituyó en Agrupación Socialista de Buenos Aires y lanzó el periódico **El Socialista** (seis números entre marzo y mayo de 1893). Durante unos pocos meses, los dos periódicos salieron en simultáneo, rivalizando entre sí. Ambos grupos van a terminar integrándose al proceso, inmediatamente posterior (1894-1896) de fundación del Partido Obrero Socialista Internacional (PSOI).

Más allá de sus aciertos o desaciertos tácticos, el desafío de constituir en la Argentina de 1890 una Federación Obrera era enorme. La clase trabajadora estaba aún en proceso preliminar de formación, diferenciándose progresivamente respecto de los productores artesanales y los pequeños patrones, que todavía integraban las asociaciones mutales junto a los asalariados. Para entonces esa clase trabajadora en formación se encontraba

---

<sup>30</sup> Transcripta en “Libro de actas del Comité Internacional Obrero (desde el 23/5/1890)...”, en: **Políticas de la memoria** n° 17, verano 2016/17, Buenos Aires, p. 371.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 374-375.

atravesada por una marcada heterogeneidad (como la que se establecía entre artesanos y asalariados, obreros calificados y no calificados, inmigrantes y nativos). Para el año 1890 no sólo se trataba de federar asociaciones existentes, sino que fortalecer las pocas que acababan de nacer y fomentar la creación de otras nuevas. Para peor, la crisis económica desatada en 1890 presentó nuevos obstáculos con sus secuelas de carestía, desocupación y emigración (en buena parte orientada a Brasil). Con un enorme contingente de desocupados y en ausencia total de legislación social, la incipiente clase trabajadora argentina perdía cualquier capacidad de presión sobre el capital y sobre el Estado. Kühn recuerda en estos términos los desafíos que había asumido la Federación pionera:

Con la aprobación de [los] reglamentos, la Federación Obrera Argentina había adquirido alma. Pero faltó el cuerpo robusto. La Federación no pasó de ser un ensueño bello y generoso. La intensa y larga crisis que sobrevino en 1890, y que se acentuó más aún después del movimiento revolucionario de los últimos días del mes de julio,<sup>32</sup> acompañada de una desvalorización enorme de la moneda fiduciaria y la consiguiente falta de trabajo para muchos obreros, determinó una fuerte emigración al Brasil, que a la sazón atravesaba una época de gran prosperidad, de muchos elementos activos e inteligentes.<sup>33</sup> Las organizaciones obreras, privadas de ellos, languidecían, y lejos de pagar las cotizaciones reglamentarias a la Federación, les costaba trabajo cubrir sus propios gastos de administración, por reducidos que éstos fuesen.<sup>34</sup>

## El semanario *El Obrero*

El órgano de la Federación Obrera sufrió los mismos avatares que la federación que intentó representar. Pero a pesar de la crisis económica, la escasez de miembros y las

<sup>32</sup> Kühn se refiere a la llamada Revolución del Parque del 26 de julio de 1890, un movimiento cívico-militar contra el gobierno de Juárez Celman.

<sup>33</sup> Tablas para comprobar la depreciación del salario en el período 1885-1892 y el reflujo de la inmigración en el período 1890-1892, en Di Tella-Zymelman, **Los ciclos económicos argentinos**, Buenos Aires, Eudeba, 1973, pp. 60-61.

<sup>34</sup> Augusto Kühn, “Apuntes...”, en: **Nuevos Tiempos** n° 6, *op. cit.*, pp. 101-102. Medio siglo después, el historiador del sindicalismo Sebastián Marotta ratificaba el diagnóstico del tipógrafo alemán: “Grandes contingentes obreros, buen número de los cuales actúan a modo de levadura en las organizaciones, huyen de la Argentina, dirigiéndose especialmente al Brasil, país que atravesaba un período de extraordinaria prosperidad. Tal fenómeno repercute sensiblemente en la vida de los endebles sindicatos, cuyos cuadros dirigentes quedan poco menos que desmantelados”. Sebastián Marotta, *op. cit.*, vol. 1, p. 86.

deserciones, mantuvo durante casi dos años una notable regularidad.<sup>35</sup>

**El Obrero. Defensor de los intereses de la clase proletaria** hizo su aparición el 12 de diciembre de 1890. El primer número y los siete siguientes constaban de cuatro páginas en formato tabloide (30 x 43 cm) y sólo a partir del 9 apareció en formato mayor (38 x 43 cm). Sobre el título se estampaba la divisa del **Manifiesto comunista**: “Proletarios de todos los países, Uníos!”. La Administración estaba ubicada inicialmente en Reconquista 650 y como editor figuraba: “G. A. Lallemand”. **El Obrero**, al igual que el **Vorwärts**, aparecía semanalmente los días sábado, publicándose en forma casi ininterrumpida durante 22 meses, hasta el n° 88, correspondiente al 24 de septiembre de 1892.<sup>36</sup> Bajo el subtítulo se aclaraba: “Órgano de la Federación Obrera”. Sin embargo, en este mismo número se reproducía la convocatoria a Asamblea General para el domingo 21 de diciembre, cuyo 4° punto era, precisamente, la fundación de la Federación Obrera.

En el n° 7 (7/2/1891) el semanario informaba a sus lectores que su editor Germán Avé-Lallemand dejaba la dirección del periódico: “Con este número **El Obrero** entra bajo la tutela directa de la Federación obrera argentina. El compañero Lallemand se ve obligado a irse a San Luis, adonde seguirá cooperando para este periódico que él ha fundado. Se nombró una comisión administrativa que dirigirá los asuntos relacionados con el periódico a cargo de un administrador empleado para este objeto”. A partir de este número y hasta el n° 20 (9/5/1891) aparece el nombre de Guillermo Braun como Gerente, pero desde el n° 21 (16/5/1891) se indica que “el estado pecuniario de **El Obrero** obliga al Comité Internacional a disminuir en lo posible los gastos de administración suprimiendo la Gerencia”. Desde entonces, el semanario fue autoadministrado por el propio consejo de redacción, quedando a cargo de Augusto Kühn la secretaría de administración. La dirección y administración se trasladan a Rincón 764, que era entonces el domicilio del

<sup>35</sup> Apenas registra un alto de tres semanas entre el primer número y el segundo, otro de dos semanas entre el n° 24 y el 25 y ciertos desfases entre los números 34, 35 y 36.

<sup>36</sup> Solo unos pocos números aparecieron los días viernes (n° 1, 2, 3 y 19), domingo (n° 22) y lunes (n° 23 y 24).

local del *Verein Vorwärts*; en el n° 46 (5/12/1891) se da como dirección Perú 1023 y a partir del n° 47 (12/12/1891) Independencia 1252, que era el domicilio particular de Augusto Kühn.

El número suelto se vendía 5 centavos, una suscripción trimestral costaba \$ 0.75, una anual \$3, y una suscripción anual en el exterior 2 pesos oro. Su tiraje fue de 1.000 ejemplares. Hasta el n° 8 se publicó en formato menor a cuatro columnas, y partir del número siguiente aumentó el tamaño y las columnas pasaron a 5. A partir del n° 4, debajo del logotipo, en la primera columna, se indicaban las direcciones y los responsables de las “agencias de suscripción a **El Obrero**”: cuatro estaban ubicadas en Buenos Aires, dos en Rosario y otras en Quilmes, La Plata, Chascomús, Baradero, Mercedes, Olavarría, Paraná, Santa Fe y Esperanza (a partir del n° 5 se agrega una agencia en São Paulo, Brasil). El dato es interesante, porque permite entender cuál era el espacio de irradiación de la Federación y de su órgano: las ciudades del litoral donde había comenzado a emerger la clase obrera moderna.

Sus cuatro páginas se distribuían del siguiente modo: los artículos de fondo ocupaban la portada del semanario, donde se abordaban temas de divulgación doctrinaria (“La misión del proletariado”, “El socialismo científico y el anarquismo”, “La cuestión social”, “Las huelgas”, etc.) o bien se transcribían documentos relativos a la Federación Obrera, como su Reglamento, sus convocatorias a celebrar actos los días 1° de Mayo o sus presentaciones al Congreso.

Las dos páginas interiores se reservaban para las noticias sobre el “Exterior” (subdivididas en los respectivos países: “Alemania”, “Francia”, “Estados Unidos”, etc.) y el “Interior” (donde se recogían las corresponsalías que llegaban desde Rosario, Santa Fe, Paraná, Mendoza, etc.). Otras veces la Revista del Exterior era reemplazada por la sección “Partido Obrero”, donde se comunicaban los avances de los partidos socialistas en las más diversas regiones del mundo. También las páginas interiores o la contratapa solían incluir

breves “escraches” a empresarios que adeudaban salarios, maltrataban o despedían a sus obreros, y la correspondencia, donde los propios obreros narraban experiencias de lucha. Una columna de la última página se reservaba para informar lo resuelto en asambleas o convocar a reuniones de la Federación Obrera, de la Sociedad Internacional de Obreros Carpinteros, Ebanistas y Oficios Anexos, de la Sección Varia, etc. Un aviso (“Buzón”) informaba semana a semana de los fondos recaudados por **El Obrero**, otro brindaba direcciones de la Capital donde se recibían “adhesiones a todas las secciones”. La última página se reservaba a los avisos, donde muchas veces anunciaban los mismos artesanos zapateros, marmoleros, sombrereros, sastres, carpinteros y tipógrafos que sostenían la publicación y animaban la Federación. En esos pequeños avisos recuadrados se invitaba a concurrir a la zapatería de Antonio Pollak en La Boca, a la sombrerería “La Argentina” de C. Villarreal, a la zapatería de Gustavo Nohke de la calle Rincón 768, e incluso a una “marmolería y funebrería”... También era frecuente en esta última página dedicar un pequeño espacio para informar al obrero el precio del oro y su cotización en relación a las distintas divisas.

Si bien el periódico no lo indica, sabemos por diversos testimonios que una vez que Lallemand dejó Buenos Aires, integraron un comité de redacción Augusto Kühn, Leoncio Bagés, Domingo Risso, Gustav Nohke, Carlos Mauli y, durante los últimos seis meses, Esteban Jiménez. La mayor parte de las notas no llevan firma y apenas unas pocas aparecen suscriptas por “La Redacción”. Se da por descontado que desde los n° 1 al 7 el redactor casi exclusivo fue el propio Lallemand, y luego envía colaboraciones desde San Luis que se publican sin su nombre. Buena parte de las páginas de **El Obrero** están consagradas a informar sobre las vicisitudes de la fundación de este primer ensayo de Federación Obrera Argentina, y a transcribir sus documentos. Estos textos, normalmente extensos, dejan poco lugar para desarrollar una política de traducciones doctrinarias: **El Obrero** apenas publica una traducción del francés de “La religión del capital” de Paul Lafargue.

Unas pocas notas aparecen firmadas por Augusto Kühn, Leoncio Bagés, Domingo Risso, Gustav Nohke, Carlos Mauli, Esteban Jiménez, Ramón Vidal y Emilio Massardo. Algunos redactores acuden al uso de seudónimos, como es el caso de Antonio Doradau, que firma “Anacarsis” o “A. D. Anacarsis”. No hemos podido descrifrar quién firma como “pAz-CeLo” (sic), destacando con mayúsculas las letras A, C y L, como si quisiera dar una pista tenue de sus iniciales. Otras notas están suscriptas por “Un demócrata socialista”, “R. M. C.”, “C. G.”, “S.”, “Juvenal” y “R. V.”

Las firmas son más frecuentes cuando se trata de corresponsalías o cartas enviadas espontáneamente a la redacción. En este rubro registramos las firmas de Masaniello (ferroviario), Teodoro Malorny (corresponsal en Santa Fe), Joaquín Santiago, Evaristo Quiroga y Carl Klein (de la Federación Obrera de Mendoza), Imaro Fría (de La Plata), Eugenio Delfino (carpintero), “Un Soldado”, Serapio Castesana (de Olavarría), Chavel (de Córdoba), José Wanza (de Tucumán), Lafranco Rondi (de Santa Fe), Francesco Mazzini o “F. M.” (de Santa Fe), Matías Hausmann (de Río Cuarto), Carlos Rosi (carpintero), Vicente Tort, “I. G.”, “N. R. B.” (de Rosario), “Sarnine” (un policía de Buenos Aires), Gottoldo Hummel (del gremio gráfico), Rómulo Merlini (de Rafaela), Pedro Burgos (cigarrero), Viotti (músico), F. Castellanos (de San Luis), Nicola (de Mendoza), Olaf (un obrero fundidor que escribe desde San Juan), Valdez (de Córdoba), “L. R. G.” (de Olavarría). Tanto la Federación como la redacción de **El Obrero** fueron ámbitos exclusivamente masculinos. Ambos espacios bregaron por reglamentar el trabajo de las mujeres, evitando su desempeño “en todos los ramos de la industria que afecten con particularidad el organismo femenino”, pero son escasas las interpelaciones directas a las mujeres trabajadoras. Ciertamente, el movimiento obrero argentino debía esperar algunos años, alrededor de una década, para asistir a la emergencia de líderes obreras, como la anarquista Virginia Bolten o la socialista Carolina Muzilli. Sin embargo, aparecen en la correspondencia de **El Obrero** algunas voces femeninas en primera persona, como la migrante suiza Elisa Schlöpfer, “Ana H--er” de Santa Fe o la trabajadora que firma “Modista” desde Buenos Aires.

A partir de octubre de 1891 **El Obrero** comienza la publicación de un “folletín”, un género sumamente popular en el siglo XIX y comienzos del siglo XX. Se trataba de una novela o una pieza teatral que se ofrecía por entregas en la parte inferior de una hoja del periódico que el lector debía recortar para ir acumulando cuadernillos que terminarían por conformar un pequeño libro o un folleto (de ahí el hombre “folletín”). **El Obrero** ofreció a sus lectores “Historia de una proletaria”, por Gustavo Lichtenstein (desde 17/10/1891); “Mi tío Julio”, por Guy de Maupassant (desde 31/19/1891); “Historia de una sirvienta”, por Gerolamo Rovetta (desde 5/12/1891); “En el banquete”, por François Coppée (desde 5/3/189); “El dinero”, por Émile Zola (desde 2/4/1892); “Pensamientos” (9/4/1892); “Páginas [sic] de miseria”, por “Anacarsis” (desde 16/4/1892) y “El trabajo” (27/8/1892), un poema social por Rodrigo F. Alonso.

Dentro del “sistema de prensa” de su tiempo, **El Obrero** mantuvo vínculos de solidaridad pero también de cierta tirantez con el semanario **Vorwärts** (Buenos Aires, 1886-1901) y de polémica abierta con **L'Amico del Popolo** (Buenos Aires, 1879-1917), de orientación republicana mazzinista) y con **El Perseguido** (Buenos Aires, 1890-1897) y **El Oprimido** (Buenos Aires, 1893-1897), de orientación anarquista. Fue continuado por un periódico del mismo nombre: **El Obrero** (Buenos Aires, retoma su numeración: n° 89: 4/2/1893 - n° 98: 30/4/1893), dirigido por Gustav Nohke y Esteban Jiménez, que se publicó en abierta rivalidad con **El Socialista** (Buenos Aires, 1893), liderado por Carlos Mauli. Su continuidad fue asumida en cierto modo por el semanario **La Vanguardia** (Buenos Aires), fundado por Juan B. Justo y aparecido el 7 de abril de 1894.

### **El testimonio de Augusto Kühn**

A pesar de su extensión, vale la pena reproducir el vívido testimonio de Kühn sobre esta extraordinaria experiencia periodística. Como ya sabemos, el autor, además de ser uno de

los redactores permanentes de **El Obrero**, fue el administrador en la segunda mitad de vida del semanario:

“La vida de **El Obrero** era una vía crucis de contrariedades, debido a la escasez de recursos. Las suscripciones voluntarias fueron indispensables durante toda la vida del periódico para seguir tirando. Todo lo que era posible se hizo gratuitamente. Para redacción nunca se gastó ni un centavo, y para la administración acordó el Comité Federal [de la Federación Obrera], en abril de 1892, diez pesos por número; pero raras veces sobran dos, tres o cinco pesos para este objeto. La cobranza la hizo durante algún tiempo Pedro Burgos, por 20 pesos al mes, ganándose lo que le faltaba para vivir haciendo cigarrillos. Vivía con el administrador, para ahorrarse el alquiler de una piecita. Cuando no hubo cobrador, los miembros del comité se repartían los recibos para cobrarlos. En la expedición siempre hubo voluntarios, ante todo el incansable G. Hummel. En los últimos cuatro meses el administrador hizo también la cobranza, teniendo almuerzo gratuito cuando le tocaba cobrar a algunos socios de la Sección varia. Un día llegó a la administración, que se hallaba en Independencia 1252, el agente de **El Obrero** en Banfield, y se llevó al administrador a una zapatería, para comprarle unos botines, porque le parecía que los que aquél llevaba tenían exceso de ventilación. Era esto la bohemia.<sup>37</sup>

“La confección del periódico se hizo sumamente barata. De una libreta que guardo, tomo al azar algunos números, los del 59 al 66, que corresponden a los meses de marzo y abril de 1892. Hay allí anotadas las entradas siguientes:

Cobranzas en la Capital	\$ 106.35
Ídem para el interior	\$ 136.60
Suscripciones	\$ 40.00
Venta de diarios viejos	\$ 3.60
Prestado por X. X.	<u>\$ 20.00</u>
Total	\$ 306.55

Los gastos en los dos meses eran:

A los cajistas	\$ 128.00
A la imprenta	\$ 120.00
Papel	\$ 50.50
Franqueo	\$ 21.75
Administración	<u>\$ 18.40</u>
Total	\$ 338.65

“Hubo, por consiguiente, un déficit, además de los 20 pesos prestados, de \$ 32 con 10 centavos, importe en que se aminoró el pequeño saldo que el 1° de marzo hubo en caja. En la cuenta correspondiente al número 64, del 10 de abril, hay la siguiente nota al pie: ‘Para este número fue regalado el papel por los cajistas’. Creo que éstos eran Odonnell y Díaz, dos viejos criollos.

“En septiembre de 1891 había sufrido el semanario una interrupción, que duró tres semanas, al cabo de las cuales llegó del agente de Santa Fe un telegrama diciendo: ‘Saque **El Obrero**,

<sup>37</sup> “El administrador” es el propio Kühn.

hay donación de mil pesos’. Nos costó creer tanta belleza, pero resultó verdad. El diligente agente en Santa fe, Teodoro Malorny, que era también un incansable agitador en pro de la Federación Local Santafesina, había tropezado en el norte de la provincia con un estanciero suizo alemán, simpatizante con nuestra causa, que donó mil pesos, imponiendo la condición de que se reservara su nombre. El Comité Federal pudo así publicar de nuevo **El Obrero**.

“Sin embargo, no pudieron aplicarse todos los mil pesos al objeto. Existían deudas, y algunos acreedores reclamaron el pago apenas supieron que había dinero en la caja de la administración. Cerca de ochenta pesos costó el viaje de Malorny a Santa Fe a la estancia del donante para recibir este dinero. El Comité autorizó además al mismo Malorny a bajar al Rosario, a buscar allí suscriptores. Fue e hizo en dos días unos cincuenta.

“Para hacer conocer el periódico en la Capital, se acordó fijar mil carteles en las calles, y durante un mes se mandó gratuitamente a las peluquerías cuyas direcciones se pudo llegar a conocer. En todos estos gastos se fueron cerca de cuatrocientos pesos. Del resto quería adueñarse la municipalidad, que mandó a la administración una boleta de multa por 621 pesos, porque se habían pegado los carteles sin permiso previo. En la redacción de **La Prensa** aconsejaron al administrador que, para prevenir un golpe de mano de la municipalidad, se hiciera una administración ambulante, cambiando por algún tiempo de domicilio frecuentemente. A Perú, entre Europa y Comercio (hoy Carlos Calvo y Humberto I°, respectivamente) llegaron todavía algunos oficios, pero en el domicilio nuevo, Independencia 1252, no fue a parar ninguno.

“Con el dinero que quedó, así como con pequeñas cuotas de suscripción voluntaria, llegaron a cubrirse los déficits hasta fin de septiembre de 1892. En esta fecha desapareció **El Obrero**, cuando había llegado al número 88”.<sup>38</sup>

## **Germán-Avé Lallemand, *El Obrero* y la recepción del marxismo en la Argentina**

Germán Avé-Lallemand (Lübeck, Alemania, 1835 o 1836 – San Luis, Argentina, 1910) fue el primer editor y el principal redactor de **El Obrero**, en cuyas páginas abordó los primeros ensayos de interpretación marxista de la formación social argentina y su estructura de clases. Gracias a su lectura directa de **El Capital** y de otras obras de Karl Marx, Friedrich Engels y Karl Kautsky, a su capacidad didáctica y a sus análisis originales, Lallemand (como se lo llamaba coloquialmente, de modo abreviado) puso en circulación por primera vez en Argentina (y en nuestro continente) el vocabulario de lo que entonces se conocía como “socialismo científico”. En las páginas del órgano de la Federación, un millar de obreros de avanzada se encontraron por primera vez con expresiones como “modo de

<sup>38</sup> Augusto Kühn, 1916, “Apuntes ...”, en: **Nuevos Tiempos. Revista de Buenos Aires** n° 7, Buenos Aires, 5/8/1916, pp. 125-127, reproducido en **Políticas de la Memoria** n° 5, *op. cit.*

producción”, “relaciones de producción”, “fuerzas productivas”, “supervalía”, “renta de la tierra”, “clases sociales”, “lucha de clases”, “tasa de ganancia”, “tasa de explotación”, “sistema asalariado”, “fuerza de trabajo”, “proletariado urbano”, “proletariado rural”, “concentración y centralización del capital”, “crisis periódicas”, “acumulación originaria”, “socialismo utópico y socialismo científico”, entre muchas otras que durante más de un siglo ocuparán un lugar central en el pensamiento social y político contemporáneo.

A pesar del escaso impacto inmediato que alcanzó el periódico, sus ensayos sobre la penetración del capitalismo en una sociedad agraria como la Argentina constituyeron un hito fundacional en el proceso de formación del pensamiento marxista en nuestro país. Sus contribuciones han sido reconocidas sobre todo a partir de 1970 con la publicación de la obra José Ratzel, **Los marxistas argentinos del 90**.<sup>39</sup> Ratzel llevó a cabo un notable esfuerzo de exhumación de textos perdidos u olvidados en polvorientas hemerotecas. Pero en buena medida su perspectiva, como las de aquellos que lo siguieron en esta obra de rescate (Paso, 1974; García Costa, 1985), estaba orientada a recuperar un origen perdido, un marxismo ortodoxo y genuino, bebido en las fuentes puras de los propios textos de Marx y Engels, que luego se habría desvirtuado en el socialismo reformista o “revisionista” de Juan B. Justo.

La “operación Ratzel” merece una serie de consideraciones. Porque si Lallemand puede ser considerado un “marxista ortodoxo”, no es porque leía a Marx mejor (o peor) que Juan B. Justo o José Ingenieros, sino en tanto y en cuanto lo interpretaba conforme el canon entonces establecido por la ortodoxia marxista alemana, cuya cabeza más visible era Karl Kautsky. Lo más significativo es que unos y otros, “ortodoxos” y “revisionistas”, cada uno leyendo a Marx con su propio prisma, compartían una perspectiva mayor que les era común: el evolucionismo en boga en las últimas tres décadas del siglo XIX.

---

<sup>39</sup> José Ratzel, **Los marxistas argentinos del 90**, Córdoba, Pasado y Presente, 1970.

La “ortodoxia marxista” también leyó a Marx en clave evolucionista. En palabras de Theodor Shanin, el evolucionismo constituía “el arquetipo intelectual de aquellos tiempos, tan prominente en los trabajos de Darwin como en la filosofía de Spencer, en el positivismo de Comte y en el socialismo de Fourier y Saint-Simon. El evolucionismo, es esencialmente, una solución combinada a los problemas de la heterogeneidad y del cambio. La diversidad de las formas, física, biológica y social se ordena y explica por la hipótesis de un desarrollo estructuralmente necesario a través de estadios que el método científico debe descubrir. La diversidad de los estadios explica la diversidad de las formas. La fuerza de esta explicación reside en la aceptación del cambio como parte de la realidad. Su debilidad principal es el determinismo optimista y unilineal usualmente implícito en ella: el progreso a través de los estadios significaba también un ascenso universal y necesario a un mundo más agradable para los humanos...”<sup>40</sup>

Era inevitable que **El Capital** fuese leído desde este prisma por los hombres formados en el paradigma científicista y evolucionista —como Kautsky o Lallemand. Marx aparecía ahora no tanto como el revolucionario de la Asociación Internacional de los Trabajadores, sino como un sabio, un científico capaz de ofrecer su saber a una causa de redención humana. **El Capital** es concebido, ante todo, como una obra científica, equiparable en ese sentido a **El Origen de las especies** de Charles Darwin. El riesgo de esta lectura en clave científicista —a la que se prestaba la propia insistencia de Marx en el carácter “científico” de su obra, cuyo objeto señalaba en el “Prólogo” de 1867, no consistía tanto en las “contradicciones sociales” como en “las leyes naturales de la producción capitalista” que se imponían “con férrea necesidad”— es que se desdibujase el tenor crítico (**El Capital** pasó a ser considerada una obra de Ciencia Económica, una suerte de Economía Política marxista, cuando en verdad era, desde el subtítulo mismo, una **Crítica de la Economía Política**).

---

<sup>40</sup> Teodor Shanin (ed.), **El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo** [1984], Madrid, Revolución, 1990, p. 15.

Sin lugar a dudas, la apelación de Marx a expresiones como las “leyes de evolución de la sociedad”, sus ocasionales analogías entre la naturaleza y la historia, o algunas de sus metáforas organicistas —como aquella de “la sociedad actual no es algo pétreo e inamovible, sino un organismo susceptible de cambios y sujeto a un proceso constante de transformación”, por seguir citando el “Prólogo” a la edición de 1867 de **El Capital**—, podían abonar esas lecturas en clave evolucionista. La obra tardía de Engels reforzó incluso esta orientación, anunciada de algún modo en su célebre “Discurso ante la tumba de Marx” en el cementerio de Highgate, donde afirmó que “así como Darwin descubrió la ley de desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley de desarrollo de la historia humana”. Pero fue Kautsky, finalmente, quien instituyó el marxismo ortodoxo en términos de un monismo evolucionista y naturalista.<sup>41</sup>

Como ha señalado Franco Andreucci, la vinculación de Darwin, Spencer y Hæckel con Marx “estaba en el espíritu de los tiempos”.<sup>42</sup> De modo que Lallemand leyó **El Capital** en esta clave científicista, naturalista y evolucionista, ya sea previamente influido por Kautsky, ya sea por su propia formación de naturalista y por el peso que la ideología evolucionista había adquirido dentro de las élites ilustradas, en el mundo entero y, por supuesto, también en la Argentina.

El énfasis puesto por Marx en que el comunismo no era una idea exterior a realizarse en el mundo, ni un modelo ideal a ser aplicado, sino que era un proceso intrínseco al orden capitalista, había entusiasmado a Lallemand. Como muchos socialistas contemporáneos, el sabio naturalista de San Luis interpretó la concepción materialista de la historia en una clave fuertemente evolucionista, donde cada una de las etapas sucesivas representaba un momento necesario y progresivo en relación a la anterior: la historia humana no era sino la realización del Progreso. Es así que a comienzos de 1891 escribía en **El Obrero**:

---

<sup>41</sup> Massimo Salvadori, “Kautsky, entre ortodoxia y revisionismo” [1978], en Eric Hobsbawm (ed.), **Historia del marxismo**, Barcelona, Bruguera, vol. 4, 1980.

<sup>42</sup> Franco Andreucci, “La difusión y vulgarización del marxismo” [1979], en *ibid.*, vol. 3, 1980.

Marx, en su célebre obra **El Capital**, ha demostrado que el método actual de producción se había desarrollado en el curso de la historia del género humano de los métodos anteriores, y que este método actual de producción, el del capitalismo, era una fase lógica y necesaria del grande proceso de transformación progresista, que llevando a la humanidad de un grado de cultura a otro superior, había llegado al actual de la Sociedad Burguesa, o sea, a la civilización moderna...<sup>43</sup>

En el mismo sentido, en el citado editorial del primer número de **El Obrero** se leía:

*Esta era del régimen burgués puro importa sí un gran progreso, y nosotros que confesamos la ley fundamental del materialismo dialéctico, de que la historia de la humanidad es un desarrollo infinito, en que, de un estado alcanzado se viene desarrollando el subsiguiente, y que sabemos que en el capitalismo y en la sociedad burguesa misma, ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunista, cuya realización es el objetivo final de nuestros esfuerzos y deseos, nosotros aclamamos la nueva era con satisfacción.*<sup>44</sup>

Asimismo, Lallemand leyó a Marx en clave científico-natural: el marxismo, el socialismo científico, no sería para él otra cosa que un saber positivo acerca de las leyes que rigen el movimiento de la sociedad, saber que, en el plano del conocimiento, se correspondía con la realización “objetiva” del socialismo en el seno el capitalismo:

Aunque nuestros enemigos lo niegan, el Socialismo es la idea predominante que hoy en día determina toda la marcha del Estado y de la Sociedad, de la civilización entera. Naturalmente que así sucede, porque el Socialismo es el hijo de esta civilización, y la Democracia socialista es el producto de condiciones reales existentes, la expresión de condiciones reales concretas, y ha formulado sus exigencias de un modo determinadamente definido y positivo, fundadas sobre aquellas condiciones reales existentes.<sup>45</sup>

La Ciencia era, pues, el garante de la política: “Estamos absolutamente convencidos de la legalidad que la ciencia otorga a nuestras aspiraciones...” (*Ibid.*). El problema se presentaba cuando el conocimiento de la legalidad capitalista terminaba confundándose con su implícita aceptación en tanto proceso “objetivo y necesario”. Lallemand, como la mayor parte de las figuras de su tiempo, entendía **El Capital** como una obra de ciencia económica socialista antes que como una crítica de la Economía Política:

---

<sup>43</sup> “Las Uniones industriales capitalistas”, en: **El Obrero** n° 11, Buenos Aires, 7/3/1891, pp. 1-2.

<sup>44</sup> “Nuestro programa”, en: **El Obrero** n° 1, 12/12/1890, p. 1.

<sup>45</sup> “Nuestra táctica (continuación)”, en: **El Obrero** n° 23, Buenos Aires, 1/6/1891.

La economía política es la ciencia de las leyes generales del trabajo, o de la industria humana. El trabajador pues, ante todo otro ser humano, tiene un interés directo de estudiar esta ciencia e imponerse de sus resultados, con el fin de llegar a darse cuenta conscientemente de su posición, de su importancia, de sus derechos y deberes en la sociedad y para con la especie humana a que pertenece... En estudio de la economía política se ha generalizado en los últimos tiempos. Probablemente porque los hombres han comprendido que esta ciencia les conducirá a la solución teórica de la magna cuestión del día, de la Cuestión Social.<sup>46</sup>

En ese sentido, fenómenos del capitalismo de fin de siglo como los trusts, grandes uniones industriales por rama a nivel nacional, con la consecuente ruina de los pequeños y medianos productores era, aunque doloroso, un “progreso necesario”: “Si bien estas Uniones tienen por resultado la brutal destrucción de la pequeña industria, las saludamos como un progreso necesario del sistema moderno de producción”. Ellas operaban, de hecho, una “nacionalización de la industria” que equivalía enteramente a la “socialización de la producción”. De modo que, concluye Lallemand: “estas Uniones son los más enérgicos agentes en el tiempo de propaganda de las teorías y del propósito del Socialismo científico” (*Ibid.*). Números más adelante, Lallemand extenderá el radio de las “instituciones penetradas del espíritu comunista y socialista” hasta incluir todas las formas contemporáneas de propiedad estatal, como la economía alemana nacionalizada por el canciller Bismarck:

Ya en la forma actual de muchas instituciones sociales y económicas vemos más o menos realizados nuestros principios socialistas, así p. e. en la convención internacional de correos, en los ferrocarriles de propiedad del Estado, etc., etc., y más y más va la idea comunista apoderándose de los ánimos. La reforma social, el imperialismo social alemán, el socialismo de la pequeña burguesía, el socialismo católico del Cardenal Canning, los trusts industriales, las grandes compañías de seguros y de aseguranza mutua, etc., etc. Todas estas instituciones penetradas del espíritu comunista y socialista.<sup>47</sup>

Kautsky, en el prólogo a **La cuestión agraria**, un texto que pocos años después Lallemand hará traducir para la revista porteña **La Agricultura**, presentaba en 1899 el

---

<sup>46</sup> “La economía política”, en: **El Obrero** n° 32, Buenos Aires, 8/8/1891.

<sup>47</sup> “Nuestra táctica”, en: **El Obrero** n° 22, Buenos Aires, 24/5/1891.

despliegue de la historia humana en un sentido positivo, objetivista, evolucionista e integracionista:

Engels decía en su **AntiDühring** lo necio que es considerar como elemento del proceso dialéctico una negación destructiva. La evolución por la vía de la negación no significa en modo alguno la negación de todo lo existente; supone más bien la continuidad de aquello que está evolucionando... La evolución sólo es un progreso cuando no se limita a negar ni abolir, sino cuando también conserva; cuando junto a lo que existente que merezca desaparecer, mantiene también lo que merece conservarse. La evolución consiste, pues, en acumular los progresos de las fases anteriores de la evolución. El desarrollo de los organismos no sólo se produce por *adaptación* sino también por *herencia*; las luchas de clases que hacen evolucionar, no sólo se orientan a la *destrucción* y la *reproducción*, sino también a la *conquista* y la *conservación* de algo existente; el progreso de la ciencia sería igualmente imposible sin la *transmisión* de sus resultados anteriores como sin su crítica; y el progreso del arte no nace de la *originalidad* del genio, rompiendo con todas las barreras de lo tradicional, sino también de la *comprensión* de las obras maestras de los predecesores.<sup>48</sup>

Lallemand llevará esta dimensión objetivista aún más lejos, a un punto tal que es posible preguntarse si no estamos ante un “marxismo sin sujeto”.<sup>49</sup> Véase, por ejemplo, cómo su entusiasmo por el desarrollo de las fuerzas productivas y el avance del proceso de socialización de la producción obnubila hasta tal punto la dimensión político-subjetiva de la dialéctica histórica, que tiende a presentar el socialismo como algo inminente:

...el socialismo es hijo del mismo capitalismo. En la sociedad burguesa actual misma, se están desarrollando los gérmenes del socialismo. Así como esta sociedad nació del orden social del tiempo colonial español,... así está el socialismo naciendo ahora del orden social vigente y tiende a instalar un orden perfeccionado muy elevado y superior al actual, un orden cuya idea fundamental es la Solidaridad, el Mutualismo, la Comunidad de los intereses de todos, la Igualdad de la acción, de desarrollo y de ventajas, es decir, la obligación igual de todos al trabajo, y el derecho igual de todos a la educación y a los productos del trabajo. Y la Sociedad socialista o comunista está ya casi pronto para nacer; puede decirse que no falta más que romper la cáscara del huevo... El proceso de desarrollo no lo ataja, no lo paraliza nadie [sic]... El Socialismo es absolutamente invencible!<sup>50</sup>

Esta lógica parece llegar al paroxismo cuando Lallemand se entusiasma al recibir la noticia del éxito de una experiencia con energía eléctrica realizada en Frankfurt. En un

<sup>48</sup> Karl Kautsky, **La cuestión agraria** [1899], Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, p. CIX.

<sup>49</sup> Horacio Tarcus, “¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista Germán Avé-Lallemand y su recepción de Marx en la década de 1890”, en **Políticas de la Memoria** n° 4, verano 2003/04, pp. 71-90.

<sup>50</sup> “El socialismo y la burguesía argentina”, en **El Obrero** n° 21, Buenos Aires, 16/5/1891.

artículo titulado “Un grande triunfo del trabajo humano. La transmisión de energía eléctrica, la aliada del socialismo” se complace en anunciar que ha concluido la era del vapor, identificada con la era del capitalismo, y que ha comenzado la era de la electricidad, que será la del socialismo:

La nueva transmisión de la corriente eléctrica es la poderosa aliada del socialismo a tal grado, que no pasarán ni los 9 años restantes del siglo actual sin que se haya instalado la sociedad socialista y la producción colectivista. Acabóse la época del vapor, del hierro y del carbón. Acabóse con ella el capitalismo. Comenzó la época de la electricidad y del aluminio, y con ella la época de la sociedad socialista.<sup>51</sup>

Resuena en el aforismo de Lallemand aquella frase del Marx de **Miseria de la Filosofía** (que probablemente conociera a través de la traducción española de José Mesa): “El molino movido a brazo nos da la sociedad de los señores feudales; al molino de vapor, la sociedad de los capitalistas industriales”.<sup>52</sup> Tal como ha señalado E. P. Thompson, “este aforismo se ha tomado como licencia para basar el determinismo tecnológico: las fuerzas productivas ‘dan lugar a’ una u otra sociedad” cuando en verdad forma parte de una argumentación mayor dirigida a refutar el uso ahistórico que hacía Proudhon de las categorías económicas, tal la de división del trabajo. Marx argumentaba, pues, que Proudhon “invertía” el proceso histórico al comenzar por la categoría “división del trabajo”, cuando en verdad es la “máquina” la que históricamente “descubre” la división del trabajo y determina sus formas particulares.<sup>53</sup> Pero sin duda, en la construcción del “marxismo”, el aforismo pervivió aislado como una fórmula que resumía el determinismo económico-tecnológico dominante en el pensamiento de la Segunda Internacional.

El aforismo de Lallemand tiene, por otra parte, un eco en un proceso histórico posterior: el que pronunció Lenin en noviembre de 1920 a propósito del *Gosplan*, el plan de electrificación de la URSS: “el comunismo es el poder soviético más la electrificación del país”. Pero la situación de Lallemand en la Argentina de 1890 es exactamente la inversa a la

<sup>51</sup> **El Obrero** n° 41, Buenos Aires, 31/10/1891, p. 1.

<sup>52</sup> Karl Marx, **Miseria de la filosofía** [1847], Buenos Aires, Signos, 1970, p. 91.

<sup>53</sup> Thompson, E. P., **Miseria de la teoría** [1978], Barcelona, Crítica, 1981, p. 187.

de Lenin treinta años después: las esperanzas del líder bolchevique venían dadas porque para él la electrificación crearía las condiciones materiales que hasta entonces habían faltado en Rusia para la transición al socialismo, a pesar de que la toma del poder por la vía revolucionaria había tenido lugar tres años antes...<sup>54</sup>.

Los límites del marxismo de Lallemand son, pues, los límites del marxismo de su propio tiempo histórico. Su extraordinario talento analítico tampoco podía exceder las condiciones sociales de la Argentina de comienzos de la década de 1890. En momentos en que la formación del movimiento obrero en la Argentina era apenas incipiente, el proletariado argentino como sujeto de una revolución socialista era menos una realidad que una lejana promesa.

Pocos años después, un hombre de la generación posterior como Juan B. Justo pudo ver en el proletariado argentino una fuerza social y política de transformación social. Si bien compartió con Lallemand su concepción evolucionista del socialismo, Justo asistió a la formación de un movimiento obrero de masas, con capacidad de movilización y organización como para convocar, desde 1902, a una huelga general. Es cierto que Lallemand falleció en 1910, de modo que también asistió a este proceso de formación, pero más como observador lejano que como organizador.

Por su propia formación y por su localización, Lallemand no fue un organizador, ni un dirigente político. Apenas llegó a su patria adoptiva, vivió casi toda su vida en Mendoza y en San Luis, lejos de Buenos Aires, Rosario o cualquier otro centro urbano de formación obrera. Sus breves estadías en Buenos Aires (1890-91 y 1896-97) nos revelan menos al militante integrado en las filas del movimiento obrero o del Partido que a un referente científico solidario con la causa del socialismo. A diferencia de los marxistas que surgirían a partir de esos años fundacionales, Lallemand fue un “marxista solitario”, que enviaba sus

---

<sup>54</sup> Carr, E. H., **La revolución bolchevique (1917-1923)**. 2, Madrid, Alianza, 1974, p. 388.

lúcidas y documentadas colaboraciones al **Vörrwärts** y **El Obrero**, a **La Vanguardia** y **Die Neue Zeit** desde el desierto puntano.

Aunque su biografía política e intelectual no ha sido definitivamente elucidada (sobre todo por la pérdida de su archivo y su correspondencia), toda una serie de signos y de síntomas relevados en fuentes históricas nos revelan un hombre de ciencia desencontrado y siempre en tensión con la generación emergente de militantes socialistas. Esas fuentes nos devuelven la imagen de un *pioneer* antes que la de un militante socialista, la de un naturalista decimonónico antes que la de un dirigente obrero del siglo XX. Su conexión diagonal con el sujeto de la emancipación desplazaron su confianza revolucionaria al desarrollo de las fuerzas productivas, un despliegue que según su perspectiva nos instalaría en los umbrales del socialismo.

Estos límites epocales de ningún modo opacan el extraordinario mérito de este sabio germano-argentino que puso su tiempo, sus recursos y su inteligencia al servicio de la formación del movimiento obrero argentino. De su colaboración con algunos pioneros de ese movimiento —el tipógrafo Augusto Kühn, el carpintero Pedro Caldara, el ebanista Carlos Mauli, el zapatero Gustav Nohke— nació y se sostuvo durante dos años **El Obrero**, pionero de la prensa obrera argentina y primer periódico marxista de nuestro continente.

### Referencias bibliográficas

- Carreras, Sandra; Horacio Tarcus; Jessica Zeller, **Die deutschen Sozialisten und die Anfänge der argentinischen Arbeiterbewegung: Antologie des Vorwärts (Buenos Aires 1886 – 1901) / Los socialistas alemanes y la formación del movimiento obrero argentino: Antología del Vorwärts, (1886 - 1901)**, Buenos Aires, CeDInCI Editores / Buenos Libros, 2008; 364 pp + 354 pp. edición bilingüe (castellano / alemán).
- Falcón, Ricardo, **Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)**, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- , **El mundo del trabajo urbano (1890-1914)**, Buenos Aires, CEAL, 1986.
- García Costa, Víctor O. , “Introducción” a: **El obrero. Selección de textos**, Buenos Aires, CEAL,

1985.

Kühn, Augusto, “Los comienzos de la lucha proletaria y socialista en la Argentina”, en **Almanaque del Trabajo para el año 1918**, Buenos Aires, 1917.

-----, “Páginas de la Historia Revolucionaria argentina. Espigando”, en **Correspondencia Sudamericana**, a. I, n° 2, Buenos Aires, 30/4/1926.

-----, “Apuntes para la historia del movimiento obrero socialista en la República Argentina”, en **Nuevos Tiempos. Revista de Buenos Aires**, n° 1 (1/5/1916) al n° 7 (5/8/1916), Buenos Aires. Reproducido con el mismo título en **Políticas de la Memoria** n° 5, Buenos Aires, verano 2004/05, pp. 123-136.

“Libro de actas del Comité Internacional Obrero (desde el 23/5/1890), luego Federación Obrera de la Argentina (desde la primera reunión general del 21/12/1890 hasta noviembre de 1892) y luego del Partido Socialista Obrero agrupación de Buenos Aires (desde el 9/11/1892 hasta el 16/4/1893”, en **Políticas de la memoria** n° 17, verano 2016/17, Buenos Aires, pp. 319-383.

Marotta, Sebastián, **El movimiento sindical argentino. Su origen y desarrollo. 1875-1914**, Buenos Aires, Lacio, 1960. vol. I.

Oddone, Jacinto, **Historia del socialismo argentino**, Buenos Aires, La Vanguardia, 1934, dos volúmenes.

-----, “¿Cuándo nació el Partido Socialista en Argentina?”, en **La Vanguardia** año II (IIIa época), n° 84, Buenos Aires, 26/8/1964, pp. 3-4.

Paso, Leonardo, Introducción a **La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina**, Buenos Aires, Testimonios, 1974.

Ratzer, José, **Los marxistas argentinos del 90**, Córdoba, Pasado y Presente, 1970.

Tarcus, Horacio, “¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista Germán Avé-Lallemant y su recepción de Marx en la década de 1890”, en **Políticas de la Memoria** n° 4, verano 2003/04, pp. 71-90.

-----, **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, 2ª ed.

-----, “Circunstancia histórica de la Federación Obrera y de la Agrupación Socialista de Buenos Aires (1890-1893). Un aporte documental”, en **Políticas de la memoria** n° 17, verano 2016/17, Buenos Aires, pp. 304-318.

Zaragoza, Gonzalo, **Anarquismo argentino (1876-1902)**, Madrid, Ediciones de la Torre, 1996.